



Relatos de la “*Sīrat al-thāhir Baïbars*”



X – El juicio al monje maldito

11 – El torneo trucado

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 13
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

X. 11 – El torneo trucado



A la mañana siguiente, Dukás se fue hasta el Consejo y se sentó en el sitio que se le tenía asignado en atención a su rango como hijo del emperador.

– Entonces, *figlione*, ¿has liberado a Yauán? –le preguntó Federico.

– Sí, *babb*.

– ¿Y dónde está?

– No tengo ni idea: en cuanto lo dejé libre, cogió su borrica y se fue con Bartacûsh. Ha debido dirigirse hacia la costa, a ver si encuentra allí un sitio en el que vivir.

– ¡Bien, pues demos gracias a Nuestro Señor Jesucristo que nos ha librado de su engorrosa presencia!

Guardaron silencio mientras esperaban la llegada de todos los miembros del Consejo. Los últimos en presentarse fueron Ibrahim, Saad y Edamor, que se dirigieron a sus respectivos sitios. Federico les saludó, dedicándoles unas palabras amables.

– No te imaginas, hijo del Korani –intervino entonces Dukás– lo que me contaron durante mi viaje para recoger el dinero de las aduanas de las fronteras de los países de los francos; en el camino, llegué a una ciudad, llamada la Ciudad de Mármol, y, mientras andaba charlando con los notables, me contaron cosas extraordinarias de ti. Me dijeron que eras capaz de entrar en el campo de las lizas sin cota de malla, y marcar a mil caballeros sin que ninguno consiguiera herirte. Eso me pareció totalmente increíble: ¿de verdad puedes realizar tal proeza?

– ¡*Duúuh!* –rugió Ibrahim, que se levantó de un salto, bajándose el casco hasta las cejas– ¡Por la vida de mi padre, Dukás, la guerra es mi arte y mi oficio! Con la ayuda de Dios, soy capaz de marcar a más de mil caballeros. El que no muere por mi espada, lo hará por otra cosa; las causas son diversas, pero el final, siempre es el mismo, y el Señor al que yo sirvo siempre tiene la última palabra. Si quieres verlo con tus propios ojos, trae a tus soldados y hagamos una apuesta.

– ¿Qué tonterías son esas, Dukás? –se inquietó Federico– Ese juego no es de mi agrado; muy mucho me temo que degenera y se convierte en ocasión para crear nuevos problemas. Hazme caso, abandona esa idea que no me gusta nada.

– Nooo, *babb* –protestó Ibrahim–. Dukás solo quiere comprobar lo que le han dicho, y, además, como se suele decir: “A la oreja le gusta oír lo que jamás ha oído, y al ojo ver, lo que nunca ha visto”. Aparte de que no habrá peligro alguno de que el juego degenera, ya que mis adversarios irán armados y yo, lo único que haré será marcarlos. Verás, eso va a consistir en lo siguiente: salimos de la ciudad y me preparáis un gran caldero lleno de tintura de azafrán. Yo iré armado simplemente con un bastón, en cuya punta habré colocado una esponja, que entintaré en el caldero, y servirá para marcar a mis adversarios. De todos modos, tú vas a estar allí, junto con los grandes de tu reino. Sólo pongo una condición: en cuanto haya marcado a un adversario, éste será eliminado y abandonará el campo de liza.

– Está bien; si el juego solo consiste en eso, no parece que haya mucho riesgo –reconoció Federico– A ver, estableced la apuesta.

– Dukás, ¿qué te parece si la fijamos en cien mil monedas de oro? –propuso Ibrahim– Si marco a los mil caballeros sin que ninguno me toque, yo seré el ganador, pero con un solo patricio que consiga tocarme con su arma, serás tú quien se los embolse.

– ¡Cien mil monedas de oro me parecen demasiado! –protestó el príncipe– ¡Tanto para ti, como para mí, esa es una cantidad que no se encuentra bajo la pata de un caballo!

– Pues bien, di tú una cifra.

– Veinte mil monedas.

– Sea.

Depositaron las apuestas en las manos de Federico: cada uno le entregó veinte mil monedas de oro, lo que hacía un total de cuarenta mil. Entre otras cosas, decidieron que el torneo se celebraría cuatro días más tarde. En cuanto la sesión del Consejo se levantó, Dukás volvió rápidamente a su palacio, en donde Yauán le esperaba hirviendo de impaciencia.

– Dime, *figlione*, ¿cómo ha ido todo?

– *Abbone*, el hijo del Korani se niega a aceptar el reto, a no ser que cada uno deposite veinte mil ducados que irán a parar al vencedor.

– ¡*Figlione*, es el poder de Nuestro Señor el Mesías el que ha inspirado esto para tu mayor beneficio! –exclamó el monje maldito.

– Y eso ¿por qué, *abbone*?

– Si el hijo del Korani no muere, al menos será marcado; tu te llevarás la apuesta, y el reventará de rabia, ¡el maldito tacaño!

– Así que, según tú, *abbone*, ¿Ibrahim no podrá marcar a los mil patricios?

– ¿Es que te crees que los musulmanes disponen de un Nombre divino capaz de inquietar a los *Cristiani*? –replicó Yauán– No obstante, cualquier precaución será poca y no nos

vendrá mal: en lugar de mil caballeros, no tienes más que poner a dos mil en el torneo. Aún mejor; tú enviarás a cinco mil hombres de tus tropas personales a que se oculten en las montañas vecinas: yo mismo tomaré el mando, disfrazado de patricio. Ya sabes lo pérfidos que son los musulmanes: así que, si se les ocurre prepararnos una mala jugada, tú no podrás contar más que con tus propias fuerzas, pues tu padre es un viejo chocho que no vale para nada...

En fin, que el maldito monje se empleó a fondo en embaucar a Dukás, de tal forma y tan bien, que le podría haber hecho tomar una llanura por una montaña. Ahora bien, Dukás disponía de un ejército propio, del que él era su único comandante, y el pago de la tropa corría también a sus expensas. De modo que a Yauán le resultó fácil realizar el plan, poniéndose de acuerdo con los oficiales francos. Cuando llegó el día del torneo, Yauán seleccionó a dos mil patricios de entre los más aguerridos.

Al parecer, la noticia del torneo se había extendido por toda la ciudad: todos los habitantes salieron a aprovecharse del espectáculo, hasta tal punto, que la explanada estaba abarrotada de gente. Ya avanzada la mañana, los escuderos del ejército partieron a colocar el pabellón de Federico y tiendas de menores dimensiones para los grandes del reino, los ricos mercaderes y los cónsules. Cuando todo estuvo dispuesto, Federico se puso en marcha, así como Ibrahim, acompañado de Saad, Edamor y sus quinientos hombres. El *babb* iba escoltado por las tropas francas y precedido de trompetas, en un cortejo brillante y colorido. Todo el mundo se presentó en el lugar conocido como el Lago de las Maravillas: una gran extensión de agua que ocupaba todo el espacio entre las murallas de la ciudad y el puerto, rodeada de una ancha llanura, cercada de colinas. Justo en esas colinas, a escondidas de Federico, es donde Yauán había ocultado las tropas de Dukás. Yauán había partido durante la noche, vestido de patricio, para que no le reconocieran.

Colocaron el pabellón de Federico a la orilla del lago, sobre una explanada a la que se accedía subiendo diez escalones. Cuando llegó el *babb*, subió para descansar en su pabellón, seguido de su gente más allegada y de Ibrahim, Saad y Edamor. Hacía ya un buen rato que se habían encendido los fogones, y colocado las marmitas sobre el fuego, preparando un suntuoso banquete. Se dispusieron las mesas y todos comieron alegremente; luego, se lavaron las manos y bebieron unos refrescos. Mientras tanto, Dukás ordenaba a sus patricios en formación de batalla, haciéndoles las últimas recomendaciones:

– ¡Vamos, *ghandars*, arriba los corazones! ¡Mostraos valientes, y haced lo imposible para que no quedemos deshonrados ante el hijo del Korani!

Cuando todo estuvo preparado, Dukás se fue al pabellón de su padre y se acercó a Ibrahim.

– Bueno, hijo del Korani, ¡muéstranos de lo que eres capaz! –le lanzó.

Pero, el León del Horân, siempre desconfiado, ya se había supuesto que habría alguna mala jugada por parte de los francos y, en consecuencia, se puso su cota de mallas bajo la camisa. Se levantó de un salto y ordenó a Saad y a Edamor que le siguieran y bajaran con él. Saad corrió a ensillar el fiel alazán y a llevárselo a Ibrahim. El valiente capitán montó en su cabalgadura, tan bien equipada, que parecía una sólida torre construida. Bajó la visera de su casco, recitó la *Fâtiha*¹, que dedicó al Señor de los Enviados, a nuestro señor Ali² y a Jidr Abu-l-Abbâs, y descendió al campo de lizas, armado simplemente con un bastón de fresno, en cuya punta había sujetado una esponja; se acercó al caldero y la remojó en la tintura, asegurando su escudo con la mano izquierda.

Mientras tanto, los patricios se habían colocado en una formación de ocho filas de doscientos cincuenta hombres cada una; con un espacio de quinientos pies entre cada fila; de forma que, las tropas ocultas en las colinas pudieran intercalarse. De la otra parte, los mil quinientos soldados musulmanes –a saber: los *fidauis* del Horân y de Baysân, junto con los quinientos mamelucos– habían formado seis filas, detrás de Saad y de Edamor; estos no pensaban en otra cosa que, simplemente, disfrutar del espectáculo, y mientras, Federico presidía el torneo, sentado sobre un sitial desde donde se dominaba toda la esplanada, y rodeado de sus visires, los espectadores del pueblo llano se arremolinaban en torno al campo de lizas.

Acabados los preparativos, Ibrahim lanzó un fuerte grito anunciando el comienzo del torneo. Tal y como se había estipulado, los caballeros francos se fueron presentando de diez en diez, con el sable en mano, y combatiendo contra Ibrahim; éste, más vivo que un halcón, les marcaba con su bastón y se retiraban inmediatamente del campo de lizas. Esa circunstancia sugirió a Yauán una nueva treta:

– Os voy a dejar un instante –dijo a los oficiales que mandaban las tropas ocultas en las colinas–. Cuando escuchéis al hijo del Korani pronunciar su grito de guerra, cargad todos a la vez: ¡a todos los que mueran, yo les garantizo diez fanegas bajo las nalgas de mi padre Asfût³!

Tras estas recomendaciones, fue a mezclarse con los caballeros que Ibrahim había marcado y eliminado, y que ya habían llegado a veinte.

– A ver, *marfûs*, ¡qué andáis haciendo aquí como vacas pastando en el prado! –les apostrofó.

¹ Primera azora (capítulo) de El Corán; se la recita en todas las ocasiones importantes.

² Primo y yerno de Mahoma, muerto en 661 e.c. En el imaginario musulmán, Ali encarna las virtudes caballerescas de los primeros tiempos del Islam. Según el “Baïbars”, los ismailíes descienden de su linaje.

³ Esta absurda expresión es la que utiliza Yauán cuando promete a sus incondicionales un lugar junto a su difunto padre en la otra vida.

– Pero *abbone*, Ibrahim nos ha marcado, y ahora nosotros tenemos que quedarnos fuera del terreno de lizas –le replicaron.

– ¡Qué tontería de marcados, ni qué bobadas! ¡Qué pasa! ¿Os ha marcado con un hierro al rojo? ¡Venga, rápido, volved al combate! ¿Es que váis a permitir que Dukás pierda la apuesta?

Convencidos por ese falaz argumento, los patricios volvieron a la carga y se pasaron la consigna unos a otros. Al cuarto que Ibrahim marcó por segunda vez, se dio cuenta de que allí pasaba algo fuera de lo normal, y protestó enérgicamente:

– ¡Pero bueno, pedazo de tramposos! ¿es que no vais a volver a vuestro sitio ahí afuera, o qué? No olvidéis que yo estoy en todo mi derecho de hacer la *mantara* a todos los que vuelvan a la liza tras haber sido eliminados: ¡eso es lo que se acordó con Dukás en presencia de su padre Federico!

Pero los patricios no tuvieron en cuenta sus advertencias y prosiguieron con su jugarreta; Ibrahim no tardó en percatarse de que todos los patricios se habían puesto de acuerdo, y que aquel torneo se había convertido en cualquier cosa, menos en una liza amistosa.

– ¡Ah, bastardos, hijos de puta! –rugió Ibrahim– Pero ¡qué os habéis creído! ¿que váis a atacar a traición al hijo de Hasan? ¡Yo soy el León de Ezraa y del Horân!

Más rápido que un relámpago, arrojó al suelo el bastón, y desenvainó su *shâkriyyeh*, brillante como la estrella en una noche sin luna. Justo en ese momento, se fijó en un patricio que ya había sido marcado dos veces y se preparaba, temerario, a propinarle un golpe fatal; pero Ibrahim, sin darle tregua, le rebanó el cuello.

– Eh, *marfûs*, ¿esto es un torneo amistoso o un campo de batalla? –protestó otro franco, a la par que levantaba su espada, mientras su cabeza salía volando a diez pies de distancia.

Ante tal espectáculo, la consternación comenzó a hacer mella en el corazón de los francos; pero Yauán se empleaba a fondo, animándolos a combatir:

– ¡*Dale*¹, hijos de la Iglesia! –les gritaba el monje maldito.

De pronto, se arrojaron todos en tromba sobre el valiente capitán Ibrahim, el caballero de los asaltos furiosos; entonces, éste, con un vozarrón atronador, cuyo eco resonaba en las colinas que les rodeaban, lanzó su terrible grito de guerra:

– ¡*Allâhu akbar*²! ¡Conquista y victoria, y muerte a los infieles! ¡Por el amor al Profeta y al imán Ali!

Respondiendo al grito de su jefe, los quinientos caballeros del Horân se precipitaron a combatir, y los sables entonaron su canto de muerte.

¹ “Adelante”, en castellano.

² “Dios es el más grande”.

– ¡Ah, los muy cerdos! –bufó Saad– ¡Quieren matar a Panza Búfalo a traición! ¡Al ataque, muchachos!

Y enarbolando su par de *shâkriyyehs*¹, se lanzó también al ataque, seguido de los quinientos *fidauis* de Baysân. Naturalmente, Edamor no iba a quedarse con los brazos cruzados:

– ¡*Allah bala versin yîns-e nasrani*²! –gritó en su jerga turca– ¡A por ellos; sin piedad! – y con el sable en mano se lanzó en medio de la refriega, seguido de sus quinientos mamelucos.

Al ver el cariz que tomaban las cosas, Yauán corrió hacia las colinas y se reunió con los que estaban allí emboscados.

– ¡Cómo estáis aún con los brazos cruzados, *marfûs*! –rugió el monje maldito– ¡El hijo del Korani ha matado a Federico; todos a las armas!

Ante estas palabras, los francos salieron de sus escondites y avanzaron ordenadamente, batallón, tras batallón; un regimiento, después de otro. Entonces, el fuego de la guerra incendió la llanura; una inmensa nube de polvo ascendió hasta el cielo, atravesada por los destellos que lanzaban los cascos de los caballos; era como si los genios del mal hubieran emergido de las profundidades de la tierra y danzaran su zarabanda entre los humanos.

Mas hete aquí que algunos de los cautivos liberados por Ibrahim habían venido para ver el torneo, y en cuanto se percataron de que la contienda iba tomando mayores proporciones, se fueron a todo correr hasta el campamento para alertar a sus compañeros:

– ¡A las armas, musulmanes! ¡Venid a echarle una mano al León de Ezraa y del Horân contra los soldados francos!

No se necesitaron más de dos minutos, para que se equiparan, armaran y saltaran sobre sus monturas los doce mil cautivos; a todo galope, llegaron hasta el campo de batalla, en donde encontraron a Ibrahim en plena forma; haciendo volar cabezas como bolas de Polo, y manos, cual hojas muertas; su poderosa voz resonaba como cuando estalla el trueno. Los doce mil clamaron al unísono:

– ¡*Allâhu akbar*, por tus ojos hermosos, Paladín de Doncellas!

El horror del combate volvió sombrío al sol; la oscuridad se extendía de oriente a occidente, y la caldera de la guerra seguía hirviendo, cual horno de la Yehenna³

¹ Así es como casi siempre aparece Saad en numerosas imágenes populares: empuñando un par de sables; el “Baïbars” no dice nada sobre el origen de esta peculiaridad.

² En turco viene a decir algo así como: “Que Dios os maldiga, demonios de cristianos”. Aunque Edamor, se expresa habitualmente en un árabe muy correcto, en situaciones de gravedad, utiliza la lengua de sus padres. De hecho, en la época mameluca y otomana, la casta militar, de diversos orígenes, utilizaba el turco como lengua de comunicación.

³ El “infierno” de los musulmanes.

Cuando el emperador Federico vio el giro que tomaban los acontecimientos, le invadió tal enfado, que se arrancó el gorro de la cabeza y lo arrojó al suelo.

– ¡Que la cólera de Dios caiga sobre ti, Dukás! –exclamó furibundo– Y ahora, visir, ¿qué podemos hacer? –prosiguió dirigiéndose a su ministro– Hay que calmar como sea al hijo del Korani y conseguir que cese el combate!

– Oh, *babb*, que nuestro Señor Jesucristo haga eterno tu reinado, la situación es grave y somos nosotros los que tenemos que poner fin a este disparate antes de que se vuelva incontrolable –aconsejó el sagaz dignatario–. Sería particularmente desastroso que mataran a Ibrahim, porque, por mi religión, te aseguro que, aunque ofreciéramos cien *jaznehs* al rey por el precio de su sangre, no sería suficiente para calmar su cólera. Si quieres mi opinión, *babb*, solo tú puedes apagar este incendio y hacer entrar en razón al hijo del Korani.

– Por el honor de mi religión, tienes razón –asintió Federico.

Entonces, salió de su pabellón, montó a caballo, seguido de su visir y de los grandes del reino, y se metió, a su vez, en medio del combate, dispersando a los patricios golpeándoles con la parte plana de la hoja de su espada, y abriéndose camino hasta el lugar en el que se hallaba Ibrahim.

– ¡*Basta, ghandar!* –le lanzó– ¡No olvides lo que significan el pan y la sal que hemos compartido! ¿Por qué arremetes contra los soldados *cristiani* con tu *santa-maría*?

¡Pero Ibrahim, empleado a fondo en su carnicería, ni se percataba de sus gritos! Federico, entonces, no tuvo otro remedio que plantarse delante de él y conminarle de nuevo:

– ¡*Basta*, hijo del Korani! Te lo suplico, por consideración hacia mi persona, guarda tu *santa-maría*.

En fin, que Federico tuvo que dar muestra de una infinita paciencia y de toda su diplomacia para que el León del Horân consintiera en detener la masacre, que ya se había llevado por delante a un respetable número de francos. Ibrahim finalmente enfundó su espada, y ante su gesto, los demás musulmanes hicieron lo propio y dejaron de combatir.

– Pero, *figlione*, ¿por qué esta carnicería? –protestó el emperador.

– Esa pregunta me la debes hacer en presencia de tu hijo, *babb*. ¡Si no fuera por la inefable Esencia de Dios, y por el respeto que te tengo, no habría dejado vivo en esta llanura más que a los enjambres de moscas azules que sobrevuelan los cadáveres!

– Mil veces recibe mi agradecimiento, hijo del Korani.

Federico se lo llevó a su pabellón, junto con Saad y Edamor; lo sentó a su lado, y después de emplearse a fondo en calmarle y suavizar el hosco ambiente con las palabras adecuadas, mandó a buscar a Dukás y le echó una tremenda bronca.

– No me vengas a mí con reproches, *babb* –respondió el príncipe–. A quien tienes que pedir cuentas es al hijo del Korani: ¿Para qué nos habíamos puesto de acuerdo? ¿para celebrar un torneo amistoso, o para una batalla en toda regla?

– *Babb* –replicó Ibrahim–, nosotros tenemos un proverbio que dice: “No entres en la selva en la que se agazapa el león”, y también decimos que “Quien entra en la selva en la que acecha el león, se expone a no salir de ella”, y aún más: “El que importuna a otro, se expone a serios problemas”. Debo señalarte que habíamos acordado que todo patricio al que yo marcara, quedaría eliminado y tendría que retirarse del campo de lizas, y que, si regresaba, yo le marcaría por segunda vez y le mataría: ¿no fue ese el trato?

– Totalmente cierto, por mi religión, eso es justamente lo que habíamos acordado –asintió Federico.

– Pues bien, cuando he visto aparecer ante mí patricios que yo ya había marcado, me di cuenta de que aquello era una traición, y que una trampa así solo podía ser obra de Dukás: así fue cómo comenzó todo.

– ¡Eso es falso, hijo del Korani! –se rebeló el príncipe– Jamás les di yo tales órdenes.

– ¡Ya, ya! ¡Como que si tú no hubieras estado al tanto de todo se habrían atrevido ellos a volver!

– Vamos, ¡no hablemos más de esto, el incidente se da por zanjado! –cortó Federico.

– Está bien, lo dejaremos por darte gusto, *babb* –consintió Ibrahim– Mientras tanto, yo sigo esperando mis cuarenta mil monedas de oro...

– ¡Ni hablar de eso! –aulló Dukás– Desde el momento en que la mayoría de los patricios que liquidaste, no los habías marcado, tú no tienes derecho a llevarte el monto de la apuesta.

– ¡De eso nada! ¡Todos los que yo maté llevaban al menos dos marcas!

En realidad, Ibrahim se estaba pillando los dedos por culpa de su jactancia, porque... sobre todo había matado a patricios que no llevaban marca alguna. Naturalmente, Dukás aprovechó esto para llevarse el gato al agua.

– ¡*Basta*, hijo del Korani! –gritó Dukás–. De acuerdo, tomo nota de lo que acabas de decir: vayamos a ver los cuerpos de los que tú has matado y, si encontramos al menos a cincuenta que no lleven más que una sola marca, tú habrás perdido la apuesta; pero si hay menos de cincuenta, los cuarenta mil dinares serán tuyos. ¿Qué me dices?

Como era de justicia, Ibrahim se vio obligado a aceptar la propuesta. Se levantaron todos y bajaron juntos hasta el campo de lizas.

Desde luego, Ibrahim se hallaba en un buen apuro: estaba seguro de que iba a perder su apuesta y andaba rabiando de ver cómo las veinte mil monedas de oro iban a volar bajo su nariz, pues, como sabemos, Ibrahim era tan avaro que, aunque el Jidr en persona le hubiera pedido un *para*, se lo habría negado. Al verle apesadumbrado, Saad no pudo resistirse a la tentación de tomarle el pelo.

– ¡Eh, eh, Panza Búfalo; espero que esta vez pierdas tu apuesta y que Dukás se embolse la pasta!

– ¡No te pensarás que voy a dejar que me arramplen lo que con todo derecho me he ganado! –replicó un Ibrahim sombrío– ¡Te juro por el honor del Dios Único, el Eterno, el Subsistente, que, como yo pierda, y a Federico se le ocurra la desgraciada idea de tomar partido por el cabronazo de su hijo, les rebano la cabeza a los dos, y después, que pase lo que pase! Si está escrito que uno vivirá nueve años, pues seguro que no va a vivir diez.

– ¡Déjate ya de fanfarronerías! Si haces eso, jamás saldremos de aquí.

Mientras Ibrahim y Saad cuchicheaban de este modo, llegaron al lugar en donde Ibrahim había estado luchando; no había duda, pues los golpes de Ibrahim dejaban unas huellas inconfundibles. Se dio la vuelta a los cadáveres, y todos llevaban al menos dos marcas; la mayor parte, tres, ¡y algunos hasta cuatro!

– ¡Ah, *marfûs*! –exclamó Federico dirigiéndose a su hijo– ¡Por mi religión! ¡cuánta razón tenía Ibrahim! ¡Y, además, si te hubiera infligido la *mantara*, tú no le habrías robado!

– Oye, Panza Búfalo –le murmuró Saad a su primo– ¿De verdad has marcado tú a todos estos patricios?

– Pues no lo creo, Saad –respondió Ibrahim rascándose la cabeza–. ¡Por el Supremo Nombre de Dios!, verás: de entrada, habré marcado a unos veinte en la primera atacada, y luego, a unos cuatro o cinco más les señalé por segunda vez; les grité entonces que se retiraran del terreno del torneo si no querían que les sacara las tripas, y recularon. Después, marqué a otro dos veces, y le rebané la cabeza de un golpe. En ese momento, es cuando me di cuenta de que me habían tendido una trampa, y entonces, tiré de mi *shâkriyyeh* y comencé a masacrar a todos los que se presentaban, sin preocuparme ya de si estaban marcados o no.

– Pero, entonces, ¿quién habrá marcado a los otros?

– Ni idea. Puede que haya sido nuestro señor el Jidr, para evitarme la vergüenza de una derrota y hacer así triunfar las armas del Islam.

– Tal vez haya sido eso –concluyó Saad.

Al volver junto a Federico, vieron a un fraile¹ que iba de un cadáver a otro, golpeándose el pecho, mientras gemía:

– ¡*Prende animam meam Domine quia de illa non habeo bisognam!* ¡Ay, mis pobres muchachos, adiós! ¡Adiós, Duko, adiós Rafûl, adiós Zaneto!

En cuanto vio a Federico, corrió a arrojarle a sus pies, llorando con unos lagrimones que le corrían por sus barbas blancas.

– ¡Justicia, oh, *babb!* –suplicó– ¡El hijo del Korani me ha matado a mis tres *figlioni* en esta batalla, unos muchachos que estaban en la flor de la vida! ¡Qué desgracia, los únicos que me quedaban!

¹ Los lectores avisados ya habrán identificado a Shîha y, más listos que Ibrahim, habrán adivinado ya quién había marcado a los cadáveres. El pasaje en donde este “misterio” se descubre, por desgracia, falta en el manuscrito.

– Yo no puedo hacer nada contra el hijo del Korani, *abbone* –respondió el emperador–: la guerra es la guerra, y en ella no se hacen regalos... De hecho, todo esto es por culpa de mi hijo Dukás. Así que no te queda otro recurso que acudir a Cristo Nuestro Señor.

– Está bien, a él recurriré, oh, *babb* –suspiró tristemente el anciano.

– Bueno, ahora, vete a recoger sus cuerpos.

Tras haber revisado los cadáveres y constatar que todos estaban marcados, regresaron al pabellón imperial.

– Y bien, *babb* –comenzó exultante Ibrahim– ¿las cuarenta mil monedas de oro de la apuesta para quién son?

– Para ti, hijo del Korani.

– Entonces, ¡pásame la bolsa!

El *babb* Federico le entregó la suma apostada, y luego, se volvieron a Roma. Dukás marchaba cabizbajo, rumiando su derrota, y más desanimado que un perro en remojo. Mientras, Ibrahim, Saad y Edamor, se iban al palacio de Marín, Dukás hizo que enterraran a sus soldados muertos, y luego se marchó a su casa. Como es lógico estaba con un humor de perros; así que cuando se encontró con Yauán y Bartacûsh, que le habían precedido, arrojó con rabia su gorro al suelo y comenzó a llorar a lágrima viva, haciendo todo tipo de reproches al monje maldito:

– ¡Estarás contento ahora! ¿eh? ¡Por culpa de tus retorcidos amaños, mis hombres han muerto y el hijo del Korani ha ganado la apuesta! Cuando pienso en todo el trabajo que nos hemos tomado, para nada ¡Venga, fuera de mi vista! –gritó Dukás de pronto, preso de una rabia incotrolable– ¡Sal de mi casa, y que no te vuelva a ver jamás!

– *Basta, figlione* –respondió Yauán, que no se había inmutado ni un ápice ante esas demostraciones– ¡Vamos, ya es suficiente, cálmate! ¡No hay que desanimarse ante el primer fracaso! ¡Qué demonios! Mientras yo esté a tu lado, no tienes por qué estar quebrándote la cabeza: por mi religión, voy a recuperar tus ducados, y con intereses, o yo no me llamo Yauán. ¡Voy a exponerte mi plan, y tú me dirás qué te parece!

– ¡No me vengas con cuentos! ¡De sobra son conocidos tus planes; ya puedes guardártelos donde te quepan!

– Eh, *figlione*, si el primero no ha funcionado, no quiere decir que los demás no vayan a salir bien.

– Está bien, cuéntame –cedió Dukás.

– Esta vez, *figlione*, vamos a liársela a Saad, el hijo de la Diablete, el primo de Ibrahim... Por cierto, ¿no tendrías un caballo de carreras? ¿pero un buen alazán: un verdadero crack? Si ese es el caso, voy a indicarte un medio de reponer tus pérdidas, e incluso de doblar la apuesta.

– Sí, precisamente tengo un caballo de pura raza; se llama Rayyâh. Su madre es una yegua de pura sangre y su padre un semental marino¹. *Abbone*, es un potro que no tiene igual; galopa más rápido que el viento, y su carrera es tan constante que uno creería estar montado sobre la esfera celeste. ¡Por el honor de mi religión, *abbone*, yo no lo dejaría ni por cincuenta mil ducados!

– ¡Enhorabuena, Dukás! En esta ocasión, ya puedes darte por ganador: vas a ser testigo de tu revancha. Has de saber, *figlione*, que el hijo de la Diabete, del que acabo de hablarte, anda presumiendo de que es capaz de correr más rápido que un caballo al galope. La próxima vez que vayas al Consejo, le vas a decir a Ibrahim: “Por cierto, hijo del Korani, he oído decir que tu compañero Saad puede, en una carrera, adelantar a un pura sangre al galope, y resulta que justamente yo tengo un caballo al que me gustaría que se opusiera.” Tú fijas la apuesta en cuarenta mil ducados, y ¡gracias a los benéficos efectos de mis plegarias, no podrás perder, y te habrán de reembolsar todo el dinero de la apuesta!

– Pero a ver, *abbone*, ¿no será verdad lo de que el hijo de la Diabete es capaz de sobrepasar al viento oeste de los caballos marinos? –se inquietó el joven príncipe.

– ¡Qué bobadas me dices! –estalló en carcajadas Yauán– Te lo voy a explicar, hijo mío: la verdad es que los musulmanes no tienen auténticos pura-sangres: en sus tierras solo se encuentran vulgares jamelgos. Es posible que alguna vez en su vida, Saad haya corrido más rápido que uno de esos caballitos, y luego, han hecho toda una historia de eso, diciendo que es capaz de adelantar a los alazanes más rápidos, con la esperanza de impresionar a los *Cristiani*, ¡pero todo eso no son más que sandeces, patrañas y engañosas cortinas de humo!



¹ Numerosas obras árabes medievales mencionan esta extraña raza de caballos, que viven bajo el mar y salen únicamente para montar a las yeguas terrestres (ver el primero de los *Viajes de Sinbad el Marino*). Eran reputados por la velocidad de su carrera.

Próximo relato de “El juicio al monje maldito”:

X.12 ~ Saad “Zancadas de Viento” justifica su reputación